

REFLEXIÓN

SOBRE EL MÉTODO Y EL INVESTIGADOR

Alejandro Moreno Olmedo

El ejecutor de prácticas científicas, el consciente investigador, si hoy quiere actuar responsablemente, ya no puede fiarse de modelos dados definitivamente por elaborados, para los cuales la reflexión ha sido clausurada, sino que necesita asumir en los hechos que la reflexión ha de preceder, acompañar y seguir a la ejecución.

PONERSE a reflexionar hoy sobre el método es entrar en una intrincada red de problemas que desbordan al método mismo, deambular por tinieblas donde los senderos se hacen indistinguibles y el miedo impulsa a silbar. En vez de silbar, prefiero la compañía de otros peregrinos aventureros, con los que dialogar, discutir, discrepar o convenir.

Del método lo menos que se puede decir es que se ha vuelto incierto. La duda se ha instalado en el centro de su antigua certeza. La duda se ha convertido en negación radical de la certeza. El investigador, liberado de la certeza, se ve lanzado a un mundo donde aparentemente todo es posible. Esta especie de ateísmo de método lo instala en el reino de la libertad, pero también en el del riesgo y la irresponsabilidad. El riesgo, no tanto del error cuanto del fracaso, es un reto que vale la pena afrontar. La irresponsabilidad, en cambio, es una tentación peligrosa y una llamada a la responsabilidad. Véase por dónde la ética hace su entrada en el ámbito pretendidamente aséptico de la ciencia.

La duda, sin embargo, no se instala por la ineficacia del método, sino por la proclamación de su fracaso. En las ciencias sociales ha errado su blan-

co; sus flechas se han clavado en los círculos periféricos pero no en el centro de la diana. El fracaso habría que atribuirlo a la estructura de sus instrumentos. No solo el arco, la cuerda y las flechas están mal fabricados, sino también el arquero se muestra contrahecho. Parece, según esto, que los problemas del método se encuentran fuera de él. Más allá, más arriba o más abajo, delante o detrás, en todo caso lo sobrepasan y se extienden incluso al investigador que lo usa y lo crea, y hasta a la realidad que aborda.

Semejantes planteamientos no son en absoluto nuevos. Desde siempre el método ha estado apoyado fuera

quizás es parte de la duda crítica actual— no era un sentido común único sino varios que diferenciaban distintos métodos; pero, en todo caso, cada investigador se situaba con suficiente serenidad en el suyo.

A partir del Renacimiento, y en aparente contradicción con la vuelta del sujeto sobre sí mismo, se va delineando una sensibilidad vital —un sentir el pensar y el conocimiento, y por ende la ciencia que está surgiendo y desarrollándose— que exige poner la seguridad y el criterio de la verdad en lo independiente de los avatares subjetivos, de sus inestabilidades y sus movimientos, en lo objetivo y estable.

La libertad de búsqueda exige que el trato con las distintas teorías se sitúe no al principio sino al final del proceso, como referencias con las que dialogar y discutir los resultados, sin que ello signifique desconocerlas de partida

de sí. Si durante mucho tiempo el investigador ha podido prescindir de las preguntas críticas por los fundamentos, ha sido porque estos se consideraban tan sólidos que nadie dudaba de ellos. Eran una especie de sentido común en el que todo científico se movía como en casa propia. Quizás —y este

Esta corriente se estructura, de manera sólidamente orgánica y gestálticamente integrada, en el positivismo del siglo XIX; esto es, en esa construcción, la ciencia positiva, convertida en un paradigma sólidamente establecido.

El triunfo del paradigma positivo (al que puede llamarse objetivista, en

cuanto lo objetivo, lo autónomo en sí de toda aleatoriedad incontrolada e incontrolable, y, por ende, de toda subjetividad y de toda fluidez y momentaneidad propias de lo vivido, parece ser su componente ejemplar y su articulación orgánica y terminada), al mostrarse en su plenitud de modelo, muestra también los efectos sobre la realidad, especialmente la humana, y los aspectos de esa realidad que inevitablemente quedan en la sombra e incluso borrados de toda posibilidad de ser conocidos. Al construir el conocimiento y la ciencia según ese paradigma, la vida en general y la vida humana en particular, con su intrínseca subjetividad, acaban por ser incognoscibles, a menos que sean reconducidas, reelaboradas y traducidas a objetos cuantificables, delimitables, fijados y numerados. El precio de todo esto es que, después de tal proceso, una y otra han perdido su identidad, han dejado de ser vida y vida humana.

La protesta surge, en primer lugar, en los espacios de la vida cotidiana, de la sociedad que construye la gente común y que se ve amenazada por la rígida estructuración racional y objetivista: trabajadores, empleados, ciudadanos de a pie. Pasa luego a los actores de la reflexión filosófica, a los artistas y finalmente a los productores del conocimiento en el campo de las ciencias sociales. Nuevas realidades histórico-sociales, nuevas posturas culturales, han hecho posible una nueva sensibilidad o, lo que es lo mismo, una nueva posición radical en lo sentido y vivido, ante la vida real.

Esta nueva sensibilidad está intrínsecamente transida de historicidad, de la vida que discurre y cambia y que, por lo tanto, se hace estructuralmente historia. Vida e historia, vida histórica e historia vivida conforman el núcleo de sentido de esta postura sensible ante la realidad total; todo, además, sobre la base de una nueva posición ante el pensamiento sobre el

ser, un ser que ya no puede pensarse como fundamento de estructuras eternas, sino como darse, como acontecimiento, pues, para decirlo con Heidegger, el ser ya no es, sino que acaece. Esto no significa relativismo absoluto ni posición *light* ante la verdad y el conocimiento, una suerte de «todo vale». Al contrario, implica un serio compromiso ético con el conocimiento y la verdad, que no puede darse sin una decidida transparencia: transparencia del investigador ante sí mismo y ante la comunidad científica, la comunidad social y su comunidad de convivencia.

El hecho es que algo de la mayor importancia y de muy significativas consecuencias para la ciencia en general, y para la ciencia social en particular, ha venido aconteciendo lentamente desde principios del siglo XX y

fico y sus cualidades distintivas estaban claramente des-veladas, des-cubiertas, por la práctica y la reflexión anteriores, y el investigador no necesitaba replantearse unos problemas que habían sido definitivamente resueltos. Ante la pregunta por la justificación de su hacer, de su ejecución, no tenía que responder. Por él respondía la teoría ya elaborada y supuestamente confirmada, el método claramente delineado y consensuado, la aceptación indiscutida por toda la comunidad científica de esos principios, conceptos y modos de hacer.

El sujeto de la ciencia, en cuanto sujeto, no tenía por qué responder. Respondía en su lugar, y en su sustitución, ese mundo de la ciencia, externo a él y de él independiente, un mundo que existía en sí mismo con una estructura ya elaborada y no contami-

Una investigación productora de novedad de conocimiento exige de por sí la elaboración de teoría emergente; pues hacer ciencia es hacer teoría, como se ha dicho muchas veces

aceleradamente a partir de su segunda mitad: la reflexión, transida de subjetividad, se ha introducido en los entresijos de la ejecución encerrada en una supuesta objetividad. El ejecutor de prácticas científicas, el consciente investigador, si hoy quiere actuar responsablemente, ya no puede fiarse de modelos dados definitivamente por elaborados, para los cuales la reflexión ha sido clausurada, sino que necesita asumir en los hechos que la reflexión ha de preceder, acompañar y seguir a la ejecución. Ya no es suficiente saber qué hacer y cómo hacerlo, y hacer lo que se sabe, sino que es indispensable saber plenamente qué se hace. Esto solo se logra mediante la reflexión: la reflexión-en-la-ejecución.

Hubo un tiempo en que la ciencia parecía claramente definida. Se suponía que la verdad intrínseca, la esencia, de lo que se llamaba conocimiento cientí-

nada por subjetividad alguna, esa exterioridad que se había constituido en objetividad. El objeto respondía por los compromisos del sujeto.

El pobre sujeto no solo no tenía que responder sino que, sobre todo, no podía. No le estaba permitido hacerlo. Lo subjetivo de su respuesta era lo menos científico pensable. Precisamente, su condición de sujeto, su subjetividad, era la cualidad que había que eliminar de todo hacer que quisiera ser científico, aunque ese hacer solo pudiera ser ejecutado por un sujeto y en ese sentido no pudiera sino ser subjetivo. La antinomia se resolvía formando al sujeto científico mediante un proceso de des-subjetivación progresiva. En esto sobre todo consistía la crítica, en primer término, en una vigilancia constante para descubrir y desechar cuanto de subjetivo pudiera, abierta o subrepticamente, estarse

VALORACIÓN DE PROYECTOS | MIGUEL NAJUL



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@iesa.edu.ve

La valoración es quizás la disciplina gerencial más exigente, porque pone a prueba los conocimientos necesarios para analizar un proyecto y su entorno. Esta es la base de *Valoración de proyectos*, un libro que expone, de manera sencilla y recurriendo a ejemplos prácticos, los lineamientos teóricos de la valoración de negocios. La obra incluye un CD con una amplia muestra de modelos matemáticos diseñados en hojas de cálculo, que propone pautas para proyectar cuentas y variables.



introduciendo en el quehacer científico de ese determinado sujeto. En segundo término, la crítica venía a ser un permanente ejercicio de comparación, contraste y juicio de acuerdo o desacuerdo con los componentes ya definidos como esenciales de esa construcción llamada ciencia.

La subjetividad del investigador accede así al primer plano de toda actividad científica; pero esto, mientras le permite liberarse de esquemas petrificados, lo expone a la intemperie y a la inseguridad, sin apoyos externos a los que aferrarse y sobre los cuales descargar responsabilidad. Serán su formación intelectual, técnica y sobre todo ética, y su creatividad, las columnas firmes sobre las que pueda apoyarse todo el proceso, desde la selección de problemas hasta la de enfoques epistemológicos, métodos y técnicas. Entre sus capacidades, actitudes y aptitudes merece reflexión la que siempre ha sido, y tiene que seguir siéndolo, la disposición compartida por todos los inquisidores de la realidad: la curiosidad.

Dicen que la curiosidad perdió a Eva, pero ¿a cuántos no ha salvado? Curiosidad se enuncia de muchas maneras. Según la primera acepción del *Diccionario* de la Real Academia es «deseo de saber y averiguar alguna cosa», lo que sería una virtud. Pero puede ser también un vicio, como advierte la segunda acepción: «vicio que lleva a alguien a inquirir lo que no debiera importarle». Según eso, la de Eva habría sido viciosa. Todo esto se refiere a la persona curiosa. Existen también las cosas curiosas que, por eso mismo, serían aseadas, limpias, cuidadas, esmeradas, primorosas. Curiosas parece equivaler a cuidadosamente bien tratadas. En la Venezuela popular, además, un «curioso» —sustantivo, no adjetivo— es alguien que tiene dotes especiales sobre las cuales se asienta una sabiduría que no todos comparten ni pueden compartir, pues no tienen la facultad —hay que ser «faculto» para ello— de donde, por donde y en donde producirla, un saber de elegido, válido para liberar al prójimo de sus males. No está muy claro si el «curioso faculto» de la versión popular, para conocer, averigua. Parece que no lo necesita; goza de una especie de ciencia infusa de «nacimiento».

La curiosidad, cuando se intenta averiguar sobre ella, se presenta como muy compleja. Si se busca el universo semántico de la palabra en ese monu-

mento a las conexiones que es el *Diccionario ideológico* de Julio Casares, se encuentra otra: «investigación». Aquí la cosa se vuelve muy rica y muy curiosa —original— también, cuando dice sobre todo lo que hace o tiene que hacer el curioso investigador: además de averiguar e investigar, indagar, inquirir, preguntar, escrutar, pesquisar, buscar, otear, escudriñar, esculcar, escarbar, revolver, brujulear, mirar, catar, acechar, oler, olfatear, oliscar, husmear, huronear, ventear, fisgonear, tantear, rastrear, bucear, sonsacar, apurar, desentrañar, atinar, colegir, inferir, entender, sorprender, comprender y hay más, bastante más.

Ahí está, completo, bien dibujado y bien enterañado y desenterañado, el curioso investigador que no reposa disfrutando de una ciencia infusa —no es curioso faculto— sino que está inquieto, desasosegado, agitado, porque le apremian las ganas de saber y a ellas se entrega. Nada reposa en él. No, por

No es la función de una institución educativa lanzar al mundo repetidores de saberes, sino libres y curiosos dialogantes con los hechos históricamente producidos, capaces de librarse crítica, sólida y responsablemente de su influjo y de emprender caminos propios y originales

cierto, el ojo que bien abierto mira, lanzado a la distancia otea, recorriendo lo cercano y lejano brujulea, penetrando en lo íntimo fisgonea, examinando cuidadosamente escrita o sumergiéndose despierto bucea. Tampoco el olfato que no simplemente huele sino que lo hace reiteradamente oliscando, cuidadosa y delicadamente husmeando, y hasta atisbando en el viento los menos perceptibles olores al ventear. El gusto tiene bastante con catar todo para calibrar su sabor. El saber exige ser saboreado placentera, pausada, nutrientemente, para distinguirlo, así, del inane, insípido y ponzoñoso, antes de consumirlo y transformarlo en sustancia del corpus y del espíritu. El tacto se agita en unas manos que huronean como un animal escarbador, tantean delicadamente por aquí y por allá, desentrañan separando partes de partes, revolviéndolo todo y entrando hasta lo más escondido para escudriñarlo, esculcarlo y sacarlo a la luz o cautelosamente y con maña sonsacarlo. El oído va despierto en todo el cuerpo cuando acecha para sorprender el conocimiento que en un esguince se esconde, cuando rastrea sus huellas, sus leves ruidos y susurros.

Con sus metafóricos pies bien puestos, la inquieta mente del curioso investigador, que así busca el saber que le intriga, persigue la respuesta por la que pregunta, inquiriendo, que es preguntar con extremo cuidado, hasta apurar toda posibilidad de pesquisar e indagar habiendo discurrido e interrogado cuidadosamente para tener a disposición todos los elementos de los que inferir y colegir, deduciéndolas, conclusiones bien atinadas mediante las cuales llegar a entender desde sus propias entrañas la realidad de los hechos, sus significados y su sentido, de modo que al final del recorrido comprenda el todo y sus partes, y cómo el uno y las otras se integran en unidad orgánica, significada y significativa.

El curioso faculto no necesita, en realidad, curiosidad investigativa, porque el saber lo tiene de nacimiento. Al curioso investigador no le basta la curiosidad pura y simple porque, como precisamente no es una facultad sino

una corriente de acción suya orientada, tiene que ser en él formada; esto es, integrada armónicamente con los factores que esencialmente constituyen lo más íntimo de su persona, de modo que esa acción de curiosidad fluya en él y de él con naturalidad libre de dudas y contradicciones.

La curiosidad investigativa se revela, por lo tanto, también como un problema de pedagogía. ¿Cómo se forma en un ser humano, curioso o no, la curiosidad investigativa? ¿Cómo se forma en un ser humano, inquieto curioso ya, el investigador?

Toda pedagogía para formar en una orientación de vida implica un saber sobre los sujetos que se van a educar y un saber además sobre lo que constituye la orientación de vida que se desea. Mucho puede saberse, y no desdeñable, por el estudio teórico del tema y por conclusiones de trabajos prácticos acumulados. Pero, ¿dónde encontrar en concreto, en su vivido y viviente, ambas realidades, lo esencial, organizador, productor de sentido e integrador en unidad de la curiosidad investigadora y lo motivador de la orientación y de las ganas del curioso

investigador, para poder someterlas al acucioso trabajo prolijamente descrito? Solo en la totalidad dinámica de la persona de un investigador integralmente constituido a lo largo de su tiempo vital.

Los modelos siempre han estado presentes, como medios de educación, no solo en la pedagogía sino en toda sociedad. No otro papel desempeñan los héroes históricos, no todas las veces virtuosos. En la formación del curioso

libertad. Pretender enclaustrarla en los fríos muros de métodos supuestamente probados, teorías que se declaran universalmente aceptadas —siendo que ninguna, afortunadamente, lo ha sido ni lo es— o en minuciosos reglamentos de tesis sometidos a estrictas reglas de evaluación que muchas veces muestran, más que una sensata y encomiable voluntad de seriedad responsable, un tiránico ejercicio de poder y el pánico de la burocracia académica

Es lo deseable que la comunidad académica en conjunto, a la que corresponde evaluar y supervisar la investigación que en su seno se realiza, se centre sobre todo en la calidad del trabajo y no en la obediencia y el sometimiento a reglas que siempre, por su naturaleza, tienden a uniformar todo y a coartar la necesaria creatividad. Investigar no es repetir, como tampoco lo es educar

investigador resultan indispensables. Habrá que atinar con el personaje no solo adecuado sino también eminente, en cuya historia-de-vida rastrear, escudriñar y desentrañar el sistema de significados que constituyen la estructura técnica y humana del curioso investigador virtuoso, y ofrecer el producto de su bien cuidado trabajo a todo el que se preocupe y se ocupe, universitario o no, en la formación de nuevos investigadores.

Es el papel que han ejercido siempre los grandes investigadores, desde Galileo, e incluso Aristóteles, hasta hoy. Pero de ellos se han tomado los métodos, las ideas, los discursos y las lógicas, como si fueran rígidas verdades inmodificables a las que no queda sino someterse humildemente y como si fueran independientes de toda la construcción de sus vidas. Quizá el que así se comporta será investigador, pero ciertamente no curioso y en nada contribuirá al conocimiento de la realidad concreta siempre cambiante.

La curiosidad, inseparable del impulso investigador, no puede existir sin

a la expresión de la creatividad y del cambio, es eliminarla sin más y con ella toda posibilidad de investigación propiamente dicha.

La uniformidad —o, dicho metafóricamente, el monoteísmo de método— hace ya tiempo que murió y fue sustituida por una multiplicidad pluriforme que no tiene por qué dar paso a un irracional «todo vale» sino que, por el contrario, exige del investigador asumir el riesgo de exponer con transparencia sus razones y los fundamentos de su accionar a la discusión crítica, no a la imposición, de quienes están en condiciones de competencia para entrar con él en diálogo provechoso. Ante las teorías, el investigador curioso tiene el derecho de tomar una postura de libre escogencia y crítica distancia o aceptación, nunca de obligado seguimiento.

La libertad de búsqueda exige que el trato con las distintas teorías se sitúe no al principio sino al final del proceso, como referencias con las que dialogar y discutir los resultados, sin que ello signifique desconocerlas de

partida. Una investigación productora de novedad de conocimiento exige de por sí la elaboración de teoría emergente; pues hacer ciencia es hacer teoría, como se ha dicho muchas veces. A partir de esa producción será fructífero dialogar con otras posibles elaboraciones sobre el mismo tema o sobre temas con ella relacionados.

Es lo deseable que la comunidad académica en conjunto, a la que corresponde evaluar y supervisar la investigación que en su seno se realiza, se centre sobre todo en la calidad del trabajo y no en la obediencia y el sometimiento a reglas que siempre, por su naturaleza, tienden a uniformar todo y a coartar la necesaria creatividad. Investigar no es repetir, como tampoco lo es educar. No es la función de una institución educativa lanzar al mundo repetidores de saberes, sino libres y curiosos dialogantes con los hechos históricamente producidos, capaces de librarse crítica, sólida y responsablemente de su influjo y de emprender caminos propios y originales, lo cual no indica desconocer el marco epistemológico desde el que se piensa sino estar conscientes de él y asumirlo sin dependencias o refutarlo y sustituirlo. Para lograr esto, más que en técnicas, ideas, métodos y reglas, la educación tendría que insistir en la actitud investigativa del educador en todos los ámbitos de su actividad, tanto en el conocimiento de sus educandos como en el de los contenidos, académicos o de otro tipo que ha de manejar, el ambiente físico y humano, y hasta el discursar cotidiano de la propia vida. Esto resulta válido tanto para quien centre su dedicación en el trabajo de educador u orientador como para el que se entregue de lleno a la investigación. ■

ITINERARIO POR LA ECONOMÍA POLÍTICA

ASDRÚBAL BAPTISTA



0212-555.42.63 / 44.60
ediesa@iesa.edu.ve

Una faena de tres décadas. Venezuela como objetivo de la mirada analítica. Pero Venezuela, en una dimensión muy importante de su existencia, es el petróleo, y el petróleo es naturaleza, historia, números, política, economía, sociedad. Todo esto, a su vez, conforma el espacio propio de la economía política. De allí que esta jornada de Asdrúbal Baptista sea una especie de itinerario que abarca un periodo definitorio de lo que somos.

